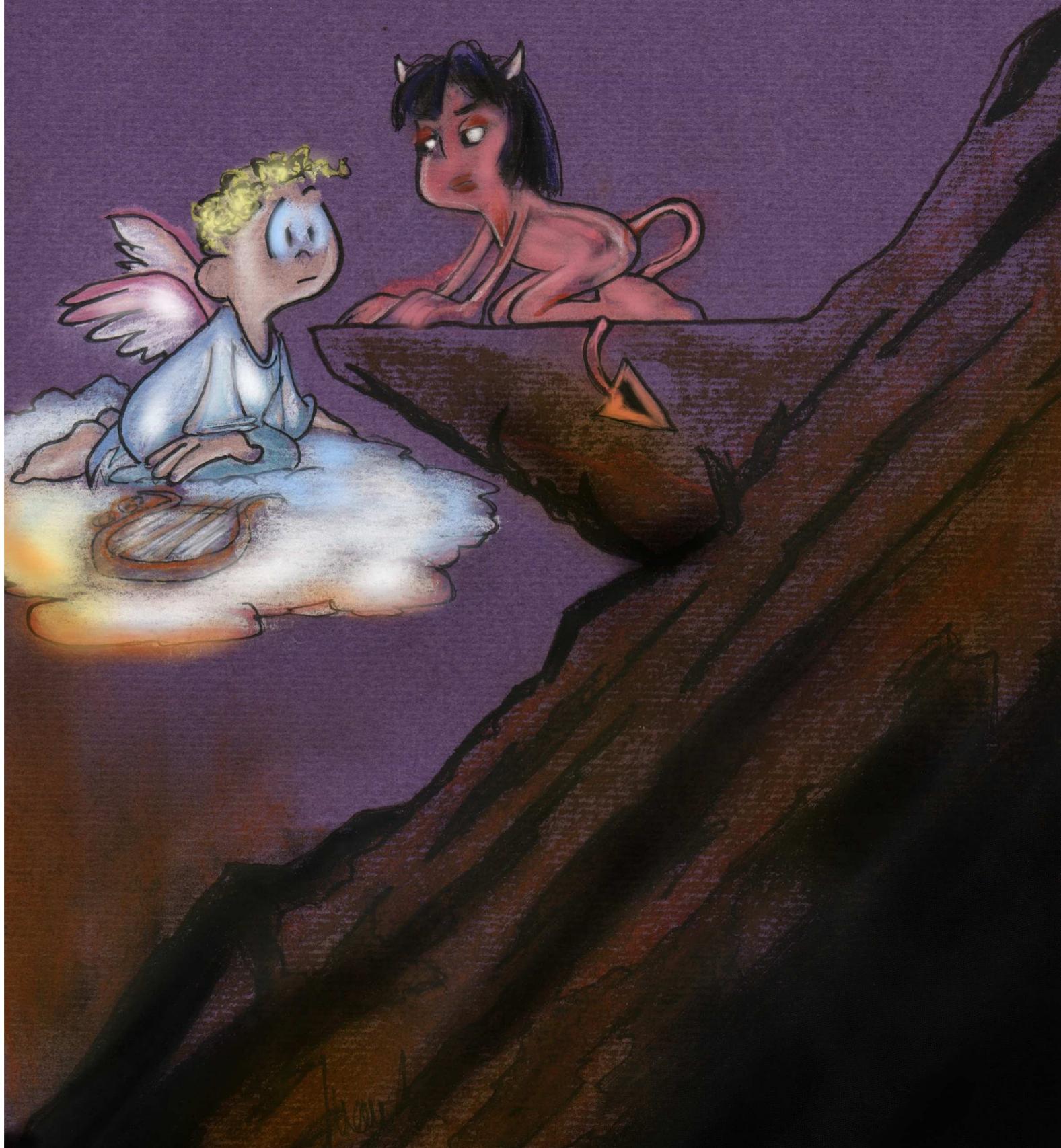


# EL ENCUENTRO



Había una vez una demonieta que vivía en las profundidades más profundas, donde nunca llegaba la luz del sol. Por eso los demonios se iluminaban con fuego y con antorchas. El fuego lo cogían del centro interior de su mundo, que siempre estaba ardiendo, como el sol. Además, ellos no se quemaban con el fuego, así que les venía muy bien para alumbrarse.

En las profundidades había pasadizos, recovecos, y salas amplias, enormes, de techos altos, muy altos, como catedrales, con paredes de roca rugosa llenas de pinturas y dibujos siempre parpadeantes, y también había cascadas de lava brillante, que soltaban aromas de azufre, el olor favorito de los demonios.



Una noche, la demonieta estaba jugando con sus amigos demoñotes a perseguirse y a tirarse los tridentes unos a otros. ¿No sabes lo que son los tridentes? Son como tenedores gigantes que llevan siempre los demonios. Ellos se los pueden tirar, porque aunque se los claven, nos les hace mucho daño, sólo saltan chispas, y sienten unas pocas cosquillas.



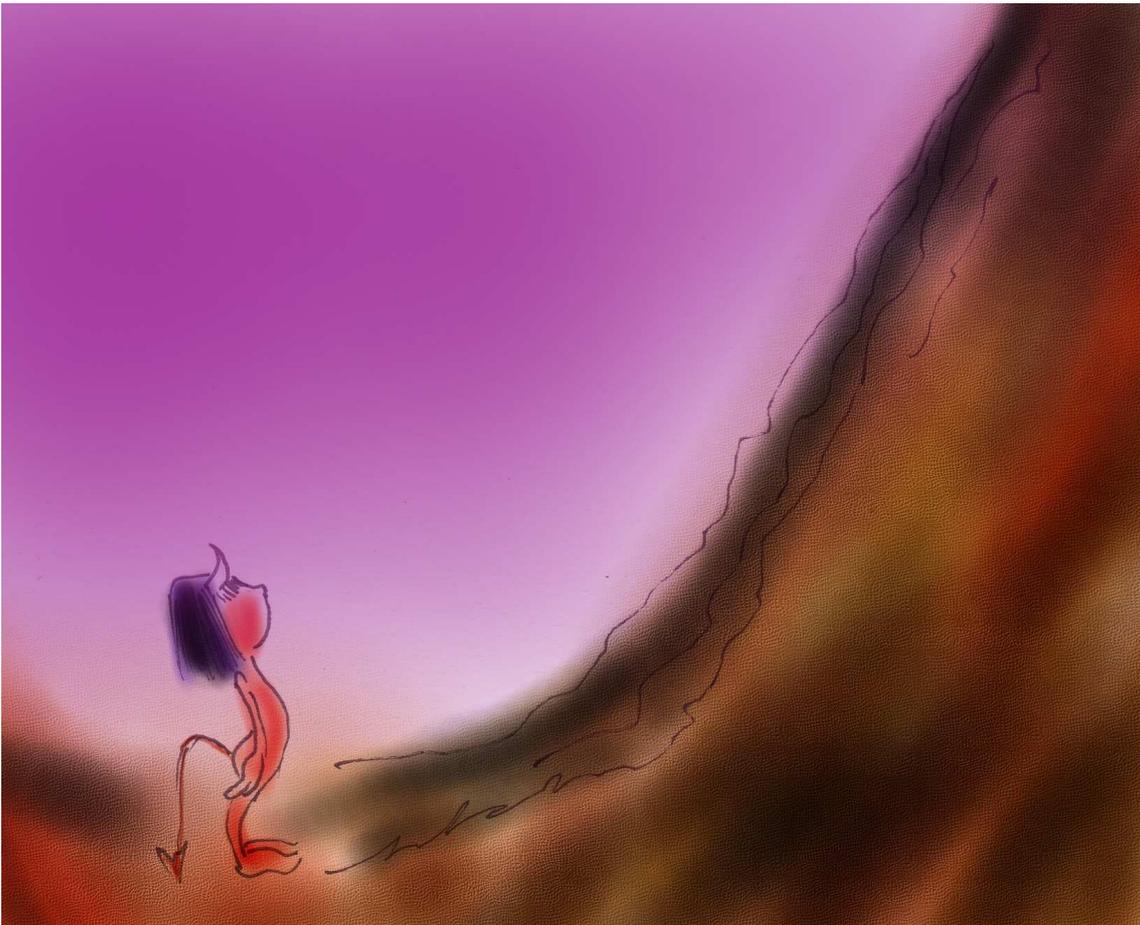
Bueno, el caso es que la demonieta tiró su tridente demasiado fuerte y se salió por un agujero que había en la pared. Cuando la demonieta se asomó para ir a recogerlo, vio cómo se le iba flotando por un riachuelo de fuego.



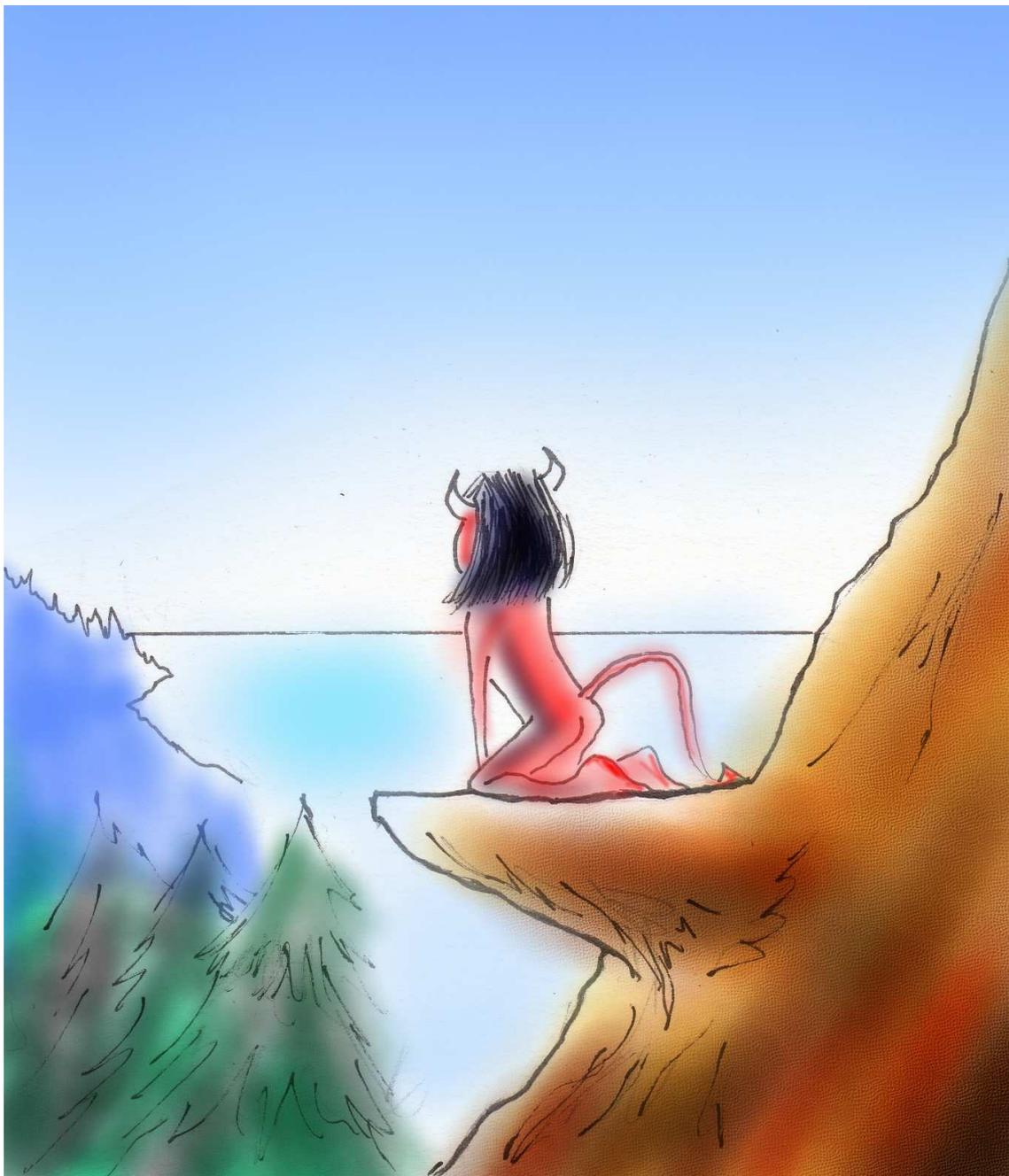
Y la demonieta se tiró de cabeza y se puso a nadar por el fuego, para recuperarlo. Pero el riachuelo iba cada vez más deprisa y se hacía cada vez más grande y caudaloso, y el tridente se alejaba, y, cuando se quiso dar cuenta ¡zas! ¡Se había salido de su mundo!



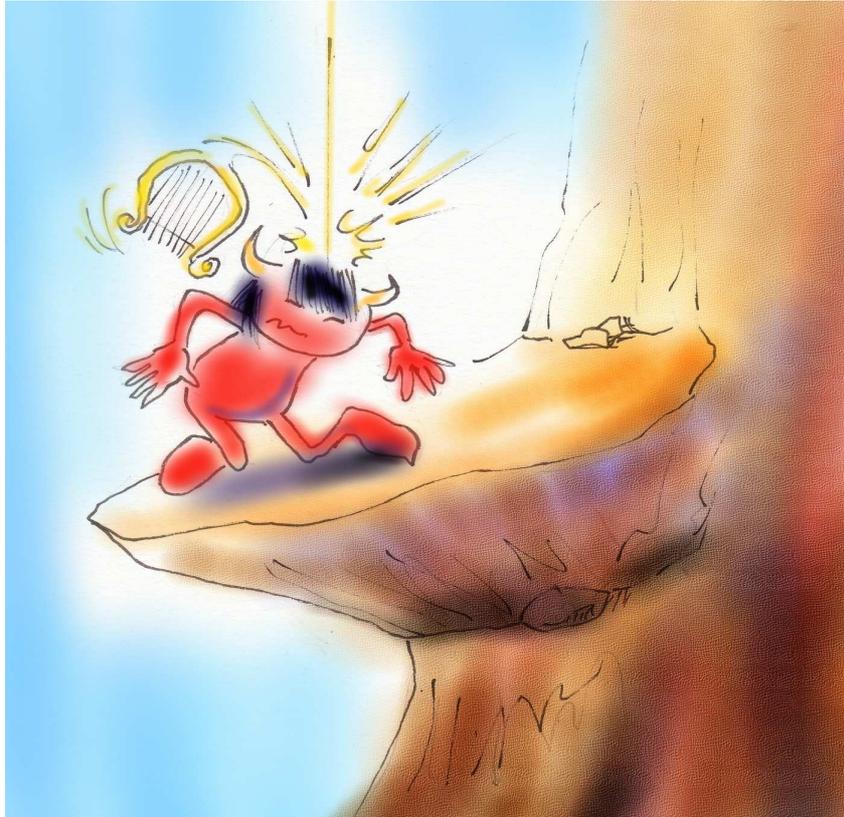
La demonieta había salido del mundo de las profundidades, y estaba afuera, donde había otra luz, un poco neblinosa, bajo un cielo violeta. Delante de ella, había una montaña alta, muy alta. No se veía la cima de la montaña tan alta.



Y la demonieta, curiosa, empezó a subirla. Y llegó hasta una roca que sobresalía, y desde la que se divisaba, a lo lejos, un espejo inmenso, azul, precioso: ella no sabía que eso era el mar.



Y de repente ¡zas! Algo le cayó encima. Era una cosa muy rara, que ella no sabía que era una lira.



La cogió, le tocó las cuerdas, y salieron unos soniditos, que le encantaron. Y después, oyó una voz a su espalda, que le decía:

- ¡Por favor, devuélvemela!

Arrodillado en una nubecita, la demonieta vio a un niño muy raro: no era rojo ni tenía cuernos, ni cola. Y encima del coco, le flotaba un arito reluciente.



- ¡Eres el demonio más raro que he visto en mi vida! – dijo la demonieta
- No soy un demonio, soy un ángel – dijo el ángel
- ¿Y por qué llevas mi tridente?
- ¿Te refieres a este tenedor enorme? Me lo he encontrado mientras buscaba mi lira, que se me había caído

Y se hicieron amigos.

Y desde entonces, solían encontrarse de vez en cuando en la misma roca, y cada uno le contaba al otro cómo era su mundo, y lo que hacían. Un día, el angelote convenció a la demonieta para que le acompañara hasta lo más alto de la cima de la montaña más alta, desde donde se podía ver el alto mundo de los angelotes.



Los angelotes vivían entre nubes blancas relucientes, bañadas en una luz tranquila y alegre. Había música de arpas y liras y olía a frescor y a algodón de azúcar. Una de las cosas que más le gustaron a la demonieta fue ver un montón de angelitos muy pequeñajos, en pañales de dos colores – la mitad los llevaban azules, y la otra mitad violetas –, que revoloteaban todos detrás de una bola de aire brillante muy grande que rebotaba sin parar, mientras se reían y se divertían muchísimo.



- ¿Qué hacen esos bebés? – preguntó la demonieta
- Están en el recreo, y juegan al airecesto – respondió el angelote – Dentro de un rato, la profe tocará la campana y entrarán todos al cole. Allí nos enseñan cómo hacer que los humanos que viven en la Tierra sientan dentro de su cabeza y de su corazón, todas las cosas buenas que pueden hacer.
- ¡Ostras! ¡O sea, que sois vosotros los que les enseñáis todas esas cosas...! ¿Sabes que nosotros, los demonios pequeños, también vamos a clase?
- ¿Y qué os enseñan?

¿Y a qué no sabes lo que le respondió la demonieta? No te lo puedes ni imaginar. Lee, lee lo que dijo la demonieta:



- Nos enseñan cómo hacer que los humanos que viven en la Tierra puedan ser buenos
- ¡Anda! ¡Igual que nosotros! ¿O sea, que vosotros les hacéis ver lo mismo que nosotros?
- No – explicó la demonieta – nosotros aprendemos a tentar, o sea, a conseguir que los hombres se den cuenta de todas las cosas malas que pueden hacer, y hasta les apetezca hacerlas. Es que sólo puede ser bueno de verdad el que también puede ser malo, pero escoge ser bueno. Si no fuese por nosotros, los humanos serían como los borregos, ni buenos, ni malos, sólo tontos...

La demonieta y el angelote se rieron mucho y se dieron cuenta de que, aunque de distintas maneras, ángeles y demonios trabajaban para un mismo fin: hacer de los humanos unos seres muy, muy especiales.

Si un día te entran ganas de ser malo, piensa que a lo mejor es la demonieta que te está tentando, para que le demuestres si eres de los que se dejan engañar, o si de verdad eres bueno, como su amigo el angelote.

